

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER: EL PLACER DE IMAGINAR LA HISTORIA

María Graciela Calle*

Creemos que imaginar la historia es reescribirla, reinventarla, como afirma Adam Schaff, quien se pregunta: ¿para qué se escribe la historia?!. Respondemos con otra pregunta: ¿para quiénes se escribe la historia? Indudablemente quienes la viven y escriben son sujetos históricos que se dirigen a otros sujetos-receptores de esa historia escrita. La preocupación constante de la biógrafa Soledad Acosta de Samper es ese sujeto-receptor o lector que participa de su propio “viaje imaginario”, ya que debe seguir los pasos del protagonista, sus continuos desplazamientos por la geografía colombiana, norteamericana y europea. Por esta razón, la *escritura itinerante* se encarga de perturbar el viaje histórico-imaginario de la narradora-héroe-lector.

Cuando hablamos de la historia nos ubicamos mentalmente en ese espacio cronotopográfico del hecho y del acontecimiento. Pensamos en la historia como en un archivo que perpetúa nombres insignes y períodos significativos con unas estructuras muy bien definidas: la conocemos como un género, la encasillamos en esos moldes limitantes de la forma historiográfica que cumple con unos parámetros consagrados por la tradición, congelamos la historia, ese inmenso universo de las posibilidades insospechadas que parece reducirse al tamaño de los hechos y sucesos circunstanciales cuando “se limita a contar lo que pasó”. Al considerar lo histórico, viene a nuestra memoria la representación de lo que “realmente aconteció” porque así nos lo dicen los manuales de historia que tienen como fundamento los viejos y

* Pontificia Universidad Javeriana, Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca.

1 Según Schaff, la historia se fundamenta en la veracidad de los acontecimientos y hechos de los personajes, debido a ello, la primera exigencia es que debe existir una interrelación entre lo contado y lo sucedido que da origen a la “historia verdadera”. Sin embargo, el autor no descarta la posibilidad de la *historia imaginada* como base de la historia real, ya que reescribirla es recrearla. *Historia y Verdad*. México: Grijalbo, 1974.

auténticos documentos de los que no es posible dudar. La historia se basa en la certeza y en los testimonios o fuentes fidedignas; de lo contrario sólo sería una novela amena en la que no halla cabida la veracidad. Hasta este punto hemos llegado en nuestra clásica definición de lo histórico sin admitir las propuestas de otra realidad indudable que es la imaginación.

Para algunos ortodoxos, lo imaginario es un elemento que puede distorsionar las realidades de que hablan los documentos testimoniales. Sin embargo, no existe una ley que prohíba “imaginar la historia”, recrearla y darle un nuevo cariz. Por esta razón existe la biografía como una *mirada épica sobre el héroe*. Lo épico, expresión y exaltación de lo poético, es poesía pura que permite “imaginar” a protagonistas de la historia como Cristóbal Colón, Gonzalo Jiménez de Quesada, el General Joaquín Acosta, héroe granadino, conocido entre sus contemporáneos como historiador, científico y militar consagrado al servicio de los intereses de la patria, cuyos perfiles son claramente delineados por Soledad Acosta en sus obras *Descubridor* y *Fundador* y *Biografía del General Joaquín Acosta*².

La biografía de cada uno de los protagonistas citados encuentra su fundamento en el nacimiento del héroe gracias a una escritura histórico-literaria. Estos tres personajes heroicos son mirados de manera diferente por la narradora: la forma biográfica constituye un “lente” de la historia mediante el cual es observado, seguido y “capturado” cada protagonista por el lenguaje de la imaginación. Cada una de las tres biografías representa un amplio período de la historia: descubrimiento, conquista-colonización y emancipación.

En las tres biografías aparece el héroe medieval español como resultado de una evolución histórica del estereotipo que encarna los ideales y virtudes de una colectividad. La forma *biografía*, específicamente la decimonónica, viene a ser la “nueva épica” que nos presenta la síntesis del “caballero perfecto”, defensor de los valores cristianos. En ese aspecto, según la creencia medieval española, supera al

2 En la primera de las obras mencionadas, la autora presenta dos semblanzas etopéyicas del Almirante Cristóbal Colón y de Gonzalo Jiménez de Quesada, partiendo de una doble perspectiva en sus aproximaciones mutuas y sus características disímiles. Colón es perfilado como símbolo del caballero ideal, síntesis de nobleza y bondad, mientras Jiménez de Quesada aparece más humanizado con todas sus cualidades positivas y negativas en una especie de *claroscuro heroico*. *Descubridor* y *Fundador*. Bogotá: Colcultura, 1973, Págs. 5-10.

Joaquín Acosta, el más modesto de los tres protagonistas de la historia del Nuevo Mundo, recoge el legado heroico con menos éxito, ya que en un inconforme que lucha contra la mediocridad. La tres biografías citadas recrean tres tipos de héroe notablemente diferentes con un elemento unificador: el ideal es el mismo. La historia y la imaginación creadora se fusionan para delinear lingüísticamente esos tres perfiles heroicos y erigirlos en símbolos. *Biografía del General Joaquín Acosta*. Bogotá: Camacho Roldán-Tamayo, 1901. Págs. 82-83.

héroe pagano que exhibe los vicios como si fueran virtudes; este héroe olímpico o “semidiós” odia con ferocidad porque está hecho para la venganza y es un predestinado por los dioses para tal fin. El héroe cristiano de la Edad Media, concretamente el español, se ha formado en un ambiente de religiosidad profunda; allí aprende a perdonar, a orar por el enemigo. Si utiliza la espada es para realizar los anhelos de la colectividad que representa y garantizar la conservación de los valores que le fueron inculcados en la infancia: la intrepidez y la virtud como ideales máximos y verdaderos³.

El diario de Joaquín Acosta es un viaje histórico-literario; roza imperceptiblemente lo más recóndito del ser del protagonista, ya que en algunos sectores casi intenta apropiarse la objetividad y el laconismo, se limita a un seguimiento cronológico de los hechos, a la descripción precisa de algunos personajes y lugares. El sujeto, en esta parte, parece perderse de vista y refugiarse en el hermetismo con el fin de ceder el campo a los sucesos del mundo exterior y en su lugar surge el observador objetivo, el “testigo” del acontecer histórico; es entonces cuando el diario se convierte en *itinerante*.

La biografía sueña a los héroes y les hace vivir la poesía de la historia en el mito y la leyenda a través de la escritura simbólica. Mientras la historia recreada universaliza a los hombres que actúan en ella, por ser una cosmovisión totalizante, la biografía singulariza, ya que es una mirada mitificante que abarca al individuo, una nueva epopeya o etopeya idealizante del sujeto heroico. Adam Schaff, al referirse a los hechos trascendentes, manifiesta que “la interpretación de la historia está en función de los hechos de los acontecimientos del pasado que surgen en el presente”⁴. Cuando no se eliminan los detalles de la vida de un personaje, nace la biografía o retrato que acoge todas aquellas minucias que no tiene en cuenta la historia totalizante por ser una visión de conjunto.

Es así como la etopeya o biografía de Cristóbal Colón, Gonzalo Jiménez de Quesada y Joaquín Acosta, abre campo a la génesis del protagonista heroico a través de una escritura épico-poética que los erige en arquetipos míticos. Estos tres protagonistas de la humanidad han recibido —dentro de su contexto respectivo— una educación caballerescas. Los dos primeros son héroes sacralizados, leyendas vivas de la historia, representantes del caballero medieval y del guerrero conquistador que se fusionan en el patriota granadino y dan origen a un nuevo arquetipo heroico: *el revolucionario ilustrado*. Joaquín Acosta es el producto de tres momentos estelares en la historia: idealismo medieval, transculturación, ilustración.

3 René de Chateaubriand pinta una imagen caballerescas más ideal que real, relacionada con la fantasía, valores y sentimientos heredados de la Edad Media; sin la religiosidad y virtudes morales, el verdadero héroe no puede manifestarse. *El Genio del Cristianismo*. Barcelona: Bruguera, 1968. Pág. 193.

4 La reinterpretación de la historia conduce a su reinversión y actualización. Pág. 5.

En el cuerpo narrativo de las respectivas biografías, Colón, Quesada y Acosta son perfilados como prototipos simbólicos de las virtudes caballerescas, ya que encarnan valores tradicionales. La descripción de cada perfil heroico es la presentación de un mismo arquetipo, precisamente la tercera biografía, la del General Acosta, acentúa los rasgos físicos y morales del personaje que sintetiza las cualidades de los dos personajes anteriores y es el heredero de una larga tradición heroica. Los tres protagonistas biografiados representan —cada uno— un momento crucial de la historia.

Considerada desde una perspectiva histórico-literaria la biografía de Joaquín Acosta es una evolución del viejo “texto de caballería” que adopta la forma biográfica mediante un código: la escritura creadora; es aquí donde se fusionan dos realidades: la historia como texto narrativo y los recursos de la imaginación. El surgimiento del personaje heroico se opera cuando la narradora lo presenta con sus características esenciales: como ser humano y como militar de una república en ciernes. El General Acosta había servido a la causa de la libertad en las milicias neogranadinas bajo las órdenes del General Bolívar y del General Santander pero sin participar en las batallas que sellaron la independencia de la Nueva Granada.

En la biografía se pasa de lo universal a lo particular, la historia se minimiza, aparece como un mundo fragmentado construido sobre la base de pequeños y grandes detalles, quizá de nimiedades, sucesos de poca o ninguna envergadura, aparentemente insignificantes o intrascendentes, los que no es fácil hallar con toda complejidad en los manuales o compendios de historia. Ésta se compone de pequeñas cosas y de seres ignorados, no sólo de acontecimientos extraordinarios y seres prodigiosos. La historia no sólo se vive, también se escribe. Cada personaje nombrado en ella puede contar su propia historia; de aquí surge con exactitud la noción de *biografía o etopeya* como la que describe al General Joaquín Acosta, héroe que se nutre de una tradición poseedora de recias y firmes raíces hispánicas: no es otra cosa que la idealidad del Quijote.

Al héroe perfilado en la biografía se le puede identificar no sólo por sus hazañas de alto relieve, sino también por la formación e influencias recibidas del medio ambiente. Es un ser humano que ha cumplido distintas etapas, unas más afortunadas que otras, antes de alcanzar un nivel de apoteosis. No surge súbitamente por vía de milagro, como en la antigua epopeya, sin haber recorrido un largo trayecto de penurias, vicisitudes y frustraciones que son los ingredientes necesarios para su forja. El General Joaquín Acosta nunca brilló en las grandes campañas emancipadoras; se destacó dentro de su rango militar como un servidor a los intereses de la República naciente y un defensor leal de sus leyes. De esta manera desarrolla una especie de heroicidad moral, idealista, ideológica en sus actitudes. Cumple un largo proceso de formación y concientización patriótica que consiste en la asimilación de las ideas dominantes de su tiempo provenientes de países

hegemónicos como España, Inglaterra, Francia y, más adelante, Estados Unidos de Norteamérica como nuevo baluarte de libertad.

Al encontrarse en Francia, Joaquín Acosta experimenta la crisis política que allí se vive sin dejar de sostener el contacto con la Nueva Granada y de asimilar toda la información que le llega pese a la distancia y lentitud de las comunicaciones. Sus inquietudes intelectuales le inducen a viajar de un continente a otro, de tal manera que la biografía se convierte en su itinerario, en un espacio de desplazamientos continuos. El personaje escapa de ese círculo hermético de las ideas oscurantistas del medioevo hispánico y se convierte en un viajero que busca las luces de la libertad, en un "ciudadano del mundo ilustrado". Cuando retorna a la Nueva Granada, trae consigo los gérmenes de las nuevas ideas que contribuirán a la búsqueda y exploración de caminos conducentes al desarrollo de una verdadera identidad americana. De esta manera, recoge el legado de Antonio Nariño como aporte valioso, sumado a los muchos de sus compatriotas inconformes con el estado de cosas imperantes en la nueva república: la dependencia cultural de España que no permitía la vuelta a los orígenes ni la libertad total de la conciencia americana con la consecuente realización vocacional de la "criollidad" o encuentro con las raíces no aniquiladas del todo por la conquista devastadora y el colonialismo despótico-tiránico. La experiencia francesa era enarbolada como un ejemplo de autoliberación y asunción del propio destino, aunque las circunstancias se presentaban de distinta manera en tierra granadina: la tiranía de la hegemonía ideológica llegaba de afuera; pero, a pesar de los resultados obtenidos con las batallas emancipadoras, aún quedaban vestigios del sistema colonialista que se resistían a desaparecer y era preciso extirpar.

El destino de América criolla era la preocupación constante de los intelectuales y políticos de la Nueva Granada. Los juicios y diagnósticos adversos al futuro de América Latina recibían constantemente las refutaciones y réplicas de visionarios como José María Samper, cuyos planteamientos sobre la problemática social hallaron enorme acogida entre los sociólogos dedicados a examinar las causas del desequilibrio político imperante en el país, lo cual daba lugar a serias confrontaciones y cuestionamientos del modelo hispánico en contraste con el anglosajón, y ello les permitía conclusiones sólidas al respecto⁵. Por lo general ese balance resultaba poco favorable a la tradición cultural hispánica, ya que se ponía énfasis en los

5 Jaramillo Uribe analiza las diferentes corrientes del pensamiento decimonónico dentro de un marco histórico-cultural en el que resalta el arquetipo del caballero hispánico; es allí donde se cristalizan las figuras patricias de la Nueva Granada, formadas en la Ilustración, destacándose con su visión profética sobre el porvenir de nuestro país y de América Latina. *El Pensamiento Colombiano en el Siglo XIX*. Bogotá: Temis, 1982. Págs. 43-49.

conceptos de “raza”, criollidad, pueblos latinos, cultura americana, idiosincrasia” en la búsqueda constante de las raíces de la identidad latinoamericana⁶.

Entre los granadinos había el convencimiento de que para lograr la autenticidad, era un imperativo luchar por una identidad latinoamericana. Lo que faltaba era sustituir los esquemas sociales, políticos, culturales y económicos heredados de España por otros más adecuados que armonizaran con el carácter y la manera de *ser del criollo* que comenzaba a formar sus criterios así como una visión específica y peculiar que le permitiera forjar su propio destino.

Joaquín Acosta incursiona con el mismo entusiasmo en la política y en las humanidades. Como sus contemporáneos, busca la universalización del pensamiento neogranadino. A través de los autores ingleses y franceses más consultados de su época, evita inscribirse intelectualmente a una determinada región geográfica. Traspone las fronteras de su patria para explorar las diversas corrientes del pensamiento europeo; pero esta vez lo hace mediante sus lecturas continuas. Las preferencias de los granadinos por las “ideas subversivas” del enciclopedismo francés, eran un indicio del despertar de la conciencia revolucionaria de quienes conformaban una generación de disidentes, inconformes y librepensadores —a la que Joaquín Acosta se enorgullecía de pertenecer— héroes casi anónimos que nunca se destacaron como cercenadores de cabezas enemigas en las batallas emancipadoras, pero que desde la tribuna política y periodística no cesaban de luchar con las ideas. Joaquín Acosta exhibe ante su núcleo de amigos un rico muestrario de las dos culturas: la americana y la europea. Es así como asume el papel de héroe de dos mundos diferentes, llevando al primero —Antiguo Continente— los ejemplares de una cultura hispanoamericana, producto de la transculturación desde la época del Descubrimiento y la Colonia. Transporta al segundo —Latinoamérica— un muestrario de especímenes de la cultura tradicional europea amalgamada con los aportes de las antiguas civilizaciones del Mediterráneo.

El protagonista aparece en la biografía como un contacto humano, mediador entre dos mundos. La narradora aclara que el protagonista no se propone trasplantar a suelo americano los modos de pensar y los patrones de conducta que han modelado el carácter europeo. Mientras Acosta estuvo radicado en Francia, jamás le abandonó la preocupación por la suerte de la Nueva Granada, ni cesó de luchar ideológicamente por ella; esto le significaba luchar por todo un continente latinoamericano. Ya en la última etapa de “héroe sedentario”, no pierde de vista el acontecer nacional

6 Germán Marquínez Argote comenta que la Ilustración neogranadina se constituyó en “una profunda revolución cultural desde el punto de vista histórico, social, ideológico”; fue una revolución intelectual a la que suma sus aportes la generación ilustrada desde José Celestino Mutis hasta Camilo Torres. *Filosofía de la ilustración en Colombia*. Bogotá: El Búho, 1982. Pág. 27.

y mundial. Su itinerario geográfico termina en el momento en que regresa a la Nueva Granada y opta por una vida apacible y sedentaria. Su itinerario histórico no se detiene cuando se dedica a reconstruir hechos y acontecimientos pasados mediante la consulta de fuentes bibliográficas, apuntes personales, conversaciones con veteranos de la vida política y militar, lecturas de libros y periódicos actualizados que le permiten sostener firmes nexos entre la historia pasada que ha vivido y la presente, de la cual es fiel observador y registrador. Se propone sembrar nuevas ideas de liberación y búsqueda de la identidad latinoamericana en el espíritu de sus conciudadanos. La biografía nos muestra que tanto Acosta como sus contemporáneos toman de los diferentes sistemas culturales europeos aquello que más puede contribuir al desarrollo intelectual y científico de los granadinos. Buscan, además, una ubicación exacta en el concierto de las naciones libres, desmarginamiento y universalización que la España colonialista nunca llegó a permitir. Inicialmente se propendía a depender de unos modelos importados del Viejo Continente y de Estados Unidos de Norteamérica mientras se reestructuraban y configuraban la Nueva Granada y demás jóvenes naciones latinoamericanas con la consolidación de la libertad y el autogobierno, signo de identidad propia, autonomía y desarrollo.

La biografía del General Acosta presenta una estructura intertextual: el diario del protagonista, citas, alusiones, contextos, evocaciones o reminiscencias y las cartas de diversos personajes en el cuerpo narrativo. El texto biográfico “habla”, ya que está cruzado por multiplicidad de voces. En él se destacan las profundas diferencias entre diario íntimo y autobiografía, aunque estas dos formas se interrelacionan íntimamente⁷. Esta biografía es un macrocosmos que se encarga de incorporar ese microcosmos que es el diario elaborado por el personaje. Así pues, concurren dos voces narradoras —biógrafa-protagonista— que dan origen a una “escritura andrógina” o sexuada. Frecuentemente una voz femenina —narradora— esclarece su identidad a la vez que invade el espacio de la segunda voz narrativa que es la del protagonista, quien también autoenuncia una identidad claramente definida. De esa manera se afirman como dos “autores implicados” en algunos sectores del texto, que insisten en ser reconocidos como tales por el lector.

La *escritura andrógina*, como anotamos antes, nace del encuentro y fusión de dos voces generadoras del cuerpo narrativo. La *androginia* de esta escritura histórico-literaria tiene su razón de ser en dos narradores involucrados en el relato. Como consecuencia de la fusión de estas dos voces narrativas, y de los discursos

7 Georges May se remonta a los orígenes épicos de la biografía y señala los nexos entre autobiografía y diario como formas que cumplen diferentes funciones. Los une un elemento común: la intención historiante o propósito de registrar los sucesos en la vida del personaje. Enfatiza en los móviles de la biografía, los cuales son accionales y afectivos ya que “el hecho mismo de escribir la historia de una vida equivale a darle una forma”; ésta diferencia la autobiografía del diario íntimo. *La Autobiografía*. México: Fondo de Cultura Económica, 1991.

—el histórico y el literario— la escritura adquiere una forma específica en la que se integran todos los elementos intelectuales y afectivos del ser humano. En la génesis del personaje heroico concurren no solamente los elementos característicos de la historia tales como fechas y nombres exactos, sino también los elementos propios de la imaginación, lo tendencial afectivo, la mirada sobre el personaje y la forma de esculpirle la estatua mediante la escritura. En la biografía de Joaquín Acosta como monumento histórico comienza la literariedad del *texto andrógino*.

Los dos textos diario-biografía conforman un intertexto, un único *mundo narrativo* libre de dicotomías; de aquí surge la noción de “androginia” formada por una escritura histórico-literaria; gracias a esta *escritura andrógina* el texto se torna lúdico, las voces involucradas en él relatan los sucesos con imaginación y placer, se abre un espacio estético entre lo histórico y lo ficticio y se produce una intersección entre lo pre-existente y lo recreado (plano histórico-plano imaginario).

La etopeya del protagonista Acosta es un retrato-monumento o conjunto de retratos-monumentos de la historia y una geografía histórico-lingüística. En ella se le concede enorme importancia al espacio-receptáculo de los sucesos, éste sería el espacio histórico integrado con el espacio imaginario. Como hemos señalado, el texto es un tejido de “voces significativas” de la escritura histórico-literaria que determinan la continuidad del hecho histórico en el discurso literario; allí es importante la función del verbo histórico en pretérito perfecto simple que pone el texto en movimiento en el que la historia misma pasa a un segundo plano y permite la relevancia del *protagonismo* del lenguaje que esculpe y pinta al sujeto heroico⁸. La escritura es totalizante en la estructuración de la biografía-diario, ya que de ella depende el personaje. En este sentido, se trata de una escritura histórico-lúdica que idealiza, mitifica y simboliza las acciones del protagonista y los rasgos de su personalidad.

En la biografía de Joaquín Acosta, texto “itinerante” y espacio de simbolizaciones, el personaje se erige en arquetipo del heroísmo simbólico⁹. Sus funciones se desarrollan en un contexto de símbolos porque la historia misma no es más que un mundo de simbolismos y la biografía del protagonista es, dentro de ese mundo, un monumento simbólico. El propósito de la etopeya es devolverle al personaje

8 Roland Barthes explica la importancia del verbo en pretérito indefinido por ser de carácter histórico o verbo historiante. Enfatiza en el tema de la escritura como acto y cuerpo de la obra, ya sea histórica o literaria y en la actitud del narrador frente a la historia. *El Grado Cero de la Escritura*. México: Siglo XXI, 1976, Pág. 5.

9 Ernst Cassirer, citando a Jung en la definición del arquetipo, se refiere al lenguaje simbólico de las formas arquetípicas y su íntima relación con el mundo psíquico. *Filosofía de las Formas Simbólicas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1972.

heroico su verdadera imagen y relieves en él los valores humanos diluidos en el enfoque rigurosamente positivista que le da la historia tradicional. En la *nueva etopeya* que es la biografía, el personaje heroico no aparece como un ser sobrehumano, es un predestinado a los triunfos gloriosos pero también a los grandes fracasos y frustraciones, mientras que en la *epopeya* sólo es exaltado el héroe triunfador, no tienen cabida la derrota, las vicisitudes ni las trampas del destino, la idea del fracaso no existe como posibilidad. En la *etopeya* el héroe no sólo triunfa, también fracasa porque no es un dios¹⁰.

Joaquín Acosta alcanza otra clase de heroísmo: el de las ideas y la palabra escrita con las que estructura la historia de la Nueva Granada, sus artículos científicos y el diario —un asomarse y bucear en las profundidades del yo, un espejo de sí mismo o la mirada interior—; el diario, sin ser autobiografía, es un viaje literario. Distinguimos, además, entre estas dos formas de revelar el yo: mientras el *diario* puede ser considerado como un recorrido donde intervienen factores anímicos, donde se captan instantes semejante a una cámara fotográfica como un proyecto de autorretrato, una percepción de lo cotidiano, una síntesis del yo, la *autobiografía* se presenta como la mirada narcisista al interior del sujeto, como un fluir de la autoconciencia, el yo que sale a la superficie para mirar hacia el mundo exterior apoyado en lo mediato. En la biografía el tiempo es histórico, lineal, mientras que en el diario la sucesividad cronológica se corta al irrumpir la instantaneidad, el “tiempo interior” o de conciencia. Diario y autobiografía constituyen el *espejo de Narciso*. La biografía como retrato, el diario como autoproyección o autorretrato, constituyen el *momento heroizante* levantado al protagonista. En ese encuentro de dos voces narradoras, se borran las fronteras existentes entre el *ser histórico* y el *ser imaginario* para dar paso a una totalidad: la historia imaginada.

Los personajes *heroizados*: Colón o el descubridor, Quesada o el conquistador, Acosta o el patriarca de la Independencia pasan por un proceso de *formación, apoteosis y decadencia*, semejantes y diferentes a la vez, alternan las armas y las letras de acuerdo con el ideal de Don Quijote. La escritura se encarga de consagrar a cada uno de ellos un monumento que es la biografía mitificante, la cual desarrolla la función de visualizar el estado moral y físico de cada protagonista. Es una escritura geográfica que también instaura una galería de personajes; mediante un

10 Marcel Schwab expresa que la biografía nació en Grecia como una forma épica destinada a exaltar las glorias del héroe y, por consiguiente, a perpetuar su memoria; pero no sólo se dedicó a consagrar a los héroes de la *epopeya*, con el tiempo acogió a los protagonistas de la realidad histórica y social para idealizarlos y rodearlos de un halo de inmortalidad, así no fueran coronados en la plaza pública debido a sus portentosas hazañas. Más tarde, los romanos se encargarían de humanizar la biografía al sondear en la personalidad del individuo y detenerse minuciosamente en sus rasgos morales y físicos incluidos los aspectos positivos y negativos. *Arte de la Biografía*. Buenos Aires: Jackson, 1960. Vol. XX. Comp. de Hernán Díaz Arrieta.

viaje histórico convierte el texto en itinerante o *mapa móvil*; a la vez que involucra al lector, lo invita a *viajar*. Allí la *escritura* constructora del relato es topográfica, intertextual y significativa: es todo un personaje.

Tanto en la biografía como en el diario no existen la imparcialidad, ni el frío distanciamiento del historiador debido a que la supuesta objetividad historiográfica de la primera se diluye en la subjetividad del segundo, en el placer estético del *contar*, que es un acto lúdico, un rito mágico que reviste a los tres protagonistas de la historia de un realismo perpetuado en los espacios de la imaginación. La biografía, reiteramos, es el monumento heroico al que se acerca al lector como posible viajero, copartícipe de la aventura del personaje; el diario es ese autorretrato que ilustra la portada de la historia. En conclusión, la *escritura-cuerpo de simbolizaciones* se manifiesta en esta obra de Soledad Acosta de Samper con su forma significativa mediante un único rol protagónico: la poetización de la historia.